

# El fenómeno religioso: judaísmo, cristianismo e islamismo

*Juan Gómez Díaz*  
Correspondiente

El fenómeno religioso como realidad social (independientemente de la creencia de cada uno) va mucho más allá de la propia constatación del hecho. Tampoco se puede limitar su existencia a la fría estadística de los números: cuántos creen o practican una religión o cuántos pasan del tema. Aún para estos últimos tiene su importancia, pues muchos de ellos -con legítimo derecho, por supuesto- se esfuerzan en reunir datos e hipótesis para demostrar algo en lo que ellos mismos no creen.

Existen diversas y múltiples manifestaciones en los diferentes medios humanos como para despachar el asunto con un puñado de ideas y unas cuantas cuartillas. Por un reflejo cartesiano que lo reduce todo a la norma terrestre, los autores contemporáneos tratan de explicar este fenómeno mediante una simple interpretación histórica. Esta complejidad aumenta ante el problema en unir, en un mismo marco, hechos tan dispares como el panteísmo, el politeísmo y el monoteísmo.

Con cultura o sin ella, rico o pobre, del norte o del sur, del campo o de la ciudad, a todos en algún momento de nuestra existencia nos ocupa y preocupa el tema. En ello nos va la vida. Porque cada hombre, judío, cristiano, musulmán o no creyente es confortado con la gran última alternativa: morir ¿es disolverse en la nada o entrar en la realidad última? Para quienes el fenómeno no cuenta lo tienen claro: “Cuando llegue mi hora entraré en la nada, me disolveré en átomos, y ya está, como hizo mi perro hace dos meses”, decía hace poco un intelectual portugués.

Parémonos a pensar por un instante. ¿No corre la humanidad el peligro constante de creerse demasiado importante, con todas sus rencillas, conflictos y guerras? ¿Cambiaría algo el universo si la humanidad se autoaniquilara en nuestro insignificante planeta, colocado en la periferia de una de las cien millones de constelaciones? Si la humanidad nació, también puede tener un final...

Repasemos una breve consideración de historia universal.

Primera reflexión. Según algunos investigadores, el mundo existe desde hace trece mil millones de años o más. Es posible que haya seres humanos en nuestro planeta desde hace millón y medio de años; hombres primitivos que surgieron del reino animal mediante la mutación y la selección, seres que caminan erguidos.

Una segunda reflexión. Es posible que el *homo sapiens*, como se autodenomina con orgullo el hombre actual, exista desde hace 200.000 años. El *homo sapiens* que se diferencia de los animales por tener conciencia de sí mismo, que inventó utensilios y armas en la Edad de Piedra, que aprendió a dominar el fuego y conquistó las cavernas, que ya enterraba a sus muertos, ofrecía sacrificios y supo hacer pinturas rupestres con motivos mágico-religiosos.

Tercer dato: sólo desde hace apenas 10.000 años, existe -junto a los cazadores y pescadores- un número creciente de agricultores y ganaderos sedentarios, personas que crearon culturas campesinas en sus lugares de residencia con importantes consecuencias sociales: afán de posesión de tierras, aparición de la propiedad privada y la posibilidad de hacer “guerras justas”. Es cuando comienza a tomar forma la dominación de unos pocos sobre la mayoría y el paisaje natural empieza a convertirse en paisaje cultural. De las aldeas nacen las urbes. La ciudad más antigua del mundo conocida hoy se encuentra en terrenos protobíblicos. Me refiero a Jericó, emplazada en el valle del Jordán y cuyas murallas datan, según las investigaciones con el radiocarbono, del año 6800 a.C.

Cuarta pincelada: sólo desde hace unos 5000 años, existen grandes culturas y grandes religiones. La primera se desarrolla antes del año 3500 a.C., en el sur del País de los Ríos, en las zonas inundadas de los ríos Tigris y Éufrates. Allí se inventa la rueda, el torno del alfarero, el carro, un sistema de cálculo, una jerarquía de dioses y sobre todo la escritura; primero jeroglífica sobre tablillas de barro y después cuneiforme y, finalmente, silábica.

Cuando aparece la Cultura de la Región de los Ríos, a la que antes me refería, termina la “prehistoria”, la época que sólo nos habla indirectamente, mediante la mudez de las piedras, fragmentos, utensilios, murallas y tumbas. Y comienza propiamente el tiempo histórico de la humanidad, en el que un creciente número de pueblos, religiones y personajes emergen de la oscuridad a la clara luz de la historia, en la que se consignan por escrito datos relacionados con la economía, la sociedad y la administración.

Una segunda gran cultura se desarrolla después del año 3000 a.C. que tendrá como escenario el valle del Nilo, donde la agricultura sólo fue posible mediante la irrigación artificial y que mediante el trabajo en común, la planificación y la organización, es decir mediante una administración centralizada

con un estamento de funcionarios y sacerdotes culmina con la formación de un Estado.

Después de estas dos grandes culturas, nace hacia 2500 a.C. una tercera gran cultura en el valle del Indo (la cultura del Indo) y desde 1500 años a.C. aparecerá una cuarta en el chino valle del río Amarillo (la cultura Schang).

Estas cuatro grandes culturas y sus religiones corrieron una suerte dispar. Mientras que la cultura del Indo fue suplantada por la cultura y la religión de los inmigrantes arios, mientras que la cultura y la religión chinas han sobrevivido hasta nuestros días, superando rupturas y transformaciones, las dos primeras (la del Tigris y el Eufrates y la del Nilo, ésta última sucumbiendo ante el helenismo y, posteriormente ante el Imperio romano) han desaparecidos por completo. Sus grandiosos restos se encuentran en los más famosos museos del mundo.

Otra religión completamente distinta tendrá un futuro duradero. Se desarrolla en el estrecho y disputado puente de tierra sirio-palestino, entre Egipto y Mesopotamia y en el que sus moradores semitas habían conseguido pasar de la escritura silábica a la alfabética.

Me refiero a Israel. Un pueblo sorprendentemente joven si lo comparamos con otros. En contraste con Egipto y Mesopotamia, este Israel supo que su existencia no se remontaba a tiempos inmemoriales. Por consiguiente, no empalmó directamente su historia con una genealogía mítica poblada de dioses, sino que fue plenamente consciente de haberse convertido en pueblo en fechas bastantes recientes. Israel antepuso a su propia historia una dilatada historia primitiva que se extendía desde la creación del mundo. Hablamos, pues, de la religión de Israel y -tras numerosas transformaciones- del judaísmo, del que sale el cristianismo, que llegaría a convertirse en la religión del Imperio romano y de todo el mundo occidental.

Por último, al judaísmo y al cristianismo siguió otra religión, la última, la más reciente de las religiones mundiales: el islamismo, natural de Arabia que -tras el hundimiento del Imperio romano en Occidente y su debilitamiento en Oriente pudo avanzar victorioso hasta Marruecos y España al tiempo que se extendía por Oriente hasta la India y llegando a las puertas de China.

Pues bien, de todo lo anteriormente expuesto se desprende que, junto a las cuatro grandes culturas primitivas (Mesopotamia, Egipto, India y China), corre parejo el fenómeno religioso. Por más lejos que nos remontemos en el pasado histórico del hombre, tanto en los más bellos periodos de su civilización como en las etapas más rudimentarias de su evolución social, encontramos siempre huellas de un pensamiento religioso.

La arqueología ha revelado por todas partes, entre los vestigios que saca a la luz, restos de monumentos que fueron consagrados por los hom-

bres antiguos a un culto cualquiera. Desde el simple dolmen al templo más importante, la arquitectura ha caminado a la par con la idea religiosa, que ha marcado las leyes e incluso las ciencias del hombre. Las civilizaciones nacieron a la sombra de los templos. Irradian de ellos para iluminar al mundo, brillar en sus universidades, en sus laboratorios y en los debates políticos de sus parlamentos. El Derecho de las naciones modernas es esencialmente canónico. En cuanto a lo que se denomina Derecho Civil, tampoco carece de esencia religiosa, sobre todo en Francia, donde fue tomado del código musulmán, por Napoleón.

Los usos y costumbres de los pueblos han sido modelados por una preocupación metafísica que ordena la menor aldea negra en torno a una choza preparada cuidadosamente y de manera especial para la vida espiritual más o menos rudimentaria de la tribu. Los totemismos, las mitologías y teologías son, todas, soluciones propuestas al mismo problema que obsesiona a la conciencia humana cada vez que se encuentra sobrecogida por el enigma de la cosas y de sus últimos fines.

De todas las conciencias surge el mismo interrogante que plantea patéticamente este pasaje del canto védico:

- ¿Quién conoce estas cosas?
- ¿Quién puede hablar de ellas?
- ¿De dónde vienen los seres?
- ¿Qué es esta creación?
- ¿Quién sabe como existe Él?

Que el problema metafísico se plantee así y de modo regular en la conciencia humana en todas las etapas de su evolución constituye por sí un problema que la sociología ha querido resolver caracterizando al hombre como “UN ANIMAL ESENCIALMENTE RELIGIOSO”.

Ahora bien, de esta definición objetiva fundamental nacen dos consecuencias teóricas divergentes:

a) ¿Es el hombre “un animal religioso” de manera innata e instintiva debido a una disposición original de su naturaleza?

b) ¿O ha adquirido esta cualidad por una especie de ósmosis psíquica propagada a toda la humanidad a partir de un accidente cultural inicial en el seno de un grupo humano determinado?

Ahí están precisamente las dos tesis capitales que se enfrentan con el problema planteado por el fenómeno religioso. Bien entendido, sería vano querer eliminar este antagonismo filosófico por una solución matemática como desearían algunos de nuestros intelectuales desorientados por un prepotente cientificismo. Sin embargo, deberíamos tener presente que la geometría euclidiana, la ciencia más rigurosa, sólo descansa sobre un postulado y no sobre una prueba matemática. En todo caso, lo que se exige a

cualquier sistema, una vez planteado su principio fundamental, es que siga siendo rigurosamente compatible con él; es la única manera científica de juzgar el valor racional e intrínseco de un sistema y su valor relativo en relación a otro.

Ahora bien, las dos preguntas que acabamos de formular como consecuencia del fenómeno religioso no enfrentan la Religión a la Ciencia como se tiende a hacer creer. La Ciencia no ha demostrado la inexistencia de Dios, claro que tampoco su existencia. El debate aquí es entre dos religiones, entre el deísmo y el materialismo, entre la religión que tiene Dios por postulado y aquella que ha postulado la materia, es decir en dos sistemas claramente diferenciados: EL FÍSICO y EL METAFÍSICO.

La comparación de los dos sistemas -el que considera el sentido religioso del hombre como elemento original de su naturaleza y el que considera la religión como un simple accidente histórico de la cultura- sólo resulta concluyente teniendo en consideración sus elementos similares y comparables que residen esencialmente en su concepción cosmológica.

Del primero -el Físico- hay que decir que por axioma, la materia es la causa primera de sí misma, siendo ante todo el punto de partida de los fenómenos de la naturaleza. Es evidente que no tenemos derecho a considerar la materia como una contingencia, pues en ese caso, procedería de alguna cosa, de una causa creadora independiente, lo cual es incompatible con la hipótesis. Por tanto, existe simplemente y no ha sido creada. Esta condición implica un estado inicial en el cual la materia no puede ser concebida ni organizada de manera alguna. Por consiguiente, la materia se encuentra forzosamente en su origen en un estado de total desintegración y eléctricamente neutro.

Sobre la posibilidad de formación del primer átomo, formación difícilmente concebible e incluso paradójica a la ley de Coulomb que rige necesariamente el fenómeno. Es realmente difícil imaginar cómo se constituiría el primer núcleo con partículas del mismo nombre que se repelerían según la ley electrostática fundamental.

Si seguimos la evolución de esta materia organizada pero inorgánica, llegamos a la transmutación biológica: una determinada cantidad de materia organizada pero inerte, se convierte en materia viva: El Protoplasma. Evolucionando éste, a su vez, a través de una serie zoológica determinada se transforma en una nueva transmutación, la materia pensante: EL HOMBRE.

Tenemos, pues, una cierta ecuación: Factores termodinámicos + agentes químicos = materia viva: EL HOMBRE. Esta ecuación resulta válida para toda la era geológica correspondiente a los factores termodinámicos que figuran en el primer miembro, por tanto se hace necesario admitir que la ecuación biológica examinada sólo se ha presentado una sola vez para una

sola y única generación. Dicho de otro modo, ha existido un determinismo biológico del que no pueden dar cuenta exclusivamente los factores físicos. Existen otras muchas anomalías incompatibles con un determinismo puramente materialista que hacen que el propio principio fundamental se confirme como inadecuado para formular una teoría coherente del nacimiento y la evolución de la materia.

Por el contrario el SISTEMA METAFÍSICO establece un principio distinto de la materia: Dios, Creador y Ordenador del Cosmos y Causa primera de la que procede todo cuanto existe, que de entrada va a esclarecer el origen de la materia que ha sido creada por un determinismo independiente de todas sus propiedades. Y ese determinismo metafísico intervine cada vez que las simples leyes físicas dejan de dar explicación clara de los fenómenos. La creación de la materia resulta aquí del mandato imperativo de una voluntad suprema que, según la palabra del Génesis, dice a todas las cosas: “hágase”, que hace intervenir una causa particular, creadora, consciente y voluntaria. La evolución de esta materia será ordenada por una inteligencia que dispensa el equilibrio y la armonía de los que la ciencia humana puede verificar las leyes inmutables, consecuencia de un determinismo absoluto: la voluntad de Dios que actúa donde actuaba el azar. No olvidemos la frase de Einstein: ¡El Viejo no juega a los dados!

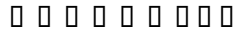
No perdamos de vista que no se trata aquí de la comparación entre dos ciencias, sino entre dos creencias: la que construye la materia y la que hace intervenir a Dios. No está de más decir que un gran sabio puede ser un perfecto creyente, mientras que un pobre ignorante puede ser muy bien un perfecto ateo. Y cuando encontramos el caso tan sorprendente de un sabio que haría descender al hombre del mono, hay que pensar también en el humilde fetichista de las orillas del Níger que cree descender de veras de su antepasado cocodrilo. Tanto uno como otro, el sabio y el primitivo, sólo tiene una idea metafísica que cada uno de ellos expresa a su manera.

Por otra parte, sobre todo a partir de los últimos logros de la Astronomía, la Ciencia toma cada vez mayor conocimiento de su dominio finito. En efecto, más allá de la nebulosa más lejana, después de los millones o quizá los miles de millones de años luz, se extiende el abismo insondable del infinito inaccesible e inconcebible para el pensamiento científico porque carece ya de su objeto: la cantidad, la relación y el estado.

¿Cantidad de qué? ¿Estado de qué? ¿Relación de qué?

Todas estas cuestiones pierden todo sentido al margen de la materia. Como ocurre con la misma Ciencia allende la última nebulosa que limita el mundo fenomenal en el umbral del infinito inmaterial.

Más allá de ese límite, sólo el pensamiento religioso puede decir alguna cosa inteligible: “DIOS”.



En lo anteriormente expuesto hemos comprobado ya la necesidad de formular simplemente un postulado: Dios. Ahora vamos a examinar un hecho particular, el del monoteísmo; que se convierte por sí mismo en un criterio para el fenómeno religioso. El ciclo monoteísta aporta, en efecto, un testimonio cuya credibilidad puede ser constantemente examinada de forma crítica.

Mirando hacia atrás observamos que a lo largo del tiempo, personas movidas por una fuerza irresistible han venido periódicamente a hablar a los hombres de una verdad absoluta de la que deben tener conocimiento personal y exclusivo por un medio misterioso: LA REVELACIÓN.

Estos hombres se dicen enviados de Dios para traer Su palabra a los humanos que no sabrían entenderla directamente. La exclusividad de esta revelación y su contenido son las características convincentes de su misión, que es elemento esencial del monoteísmo y su prueba fenomenal. Por su testimonio único el Profeta se da como un fenómeno objetivo independiente del “yo” que lo expresa. Estoy hablando del PROFETISMO y más concretamente de un Profeta, de ABRAHÁN, que así le tienen las tres religiones monoteístas mundiales: el judaísmo, el cristianismo y el islamismo.

Carecemos casi por completo de datos seguros sobre su persona. Es imposible esbozar una biografía de Abrahán. Las historias de los Patriarcas recogidas en los capítulos del Génesis son nuestras únicas fuentes, y ellas no son una biografía: “Te hago padre de una multitud de pueblos... Mantendré un pacto contigo y con tu descendencia. Seré tu Dios y el de tus descendientes”. Este es el pacto entre Dios y el hombre, que la Biblia hebrea nos cuenta.

Para Abrahán es fundamental la confianza en Dios. Es básica la incondicional fe que confía, entendida no como “tener por verdadero” o “creer lo que no se ve”, sino como confianza inquebrantable en una promesa irrealizable por medios humanos, como fidelidad, como fiabilidad, como “Amén”. Podemos consignar ya una primera constatación gozosa: con razón se ha designado a las tres religiones que se acogen a Abrahán y en las que la persona humana está “ante” Dios, se fía completamente de él y cree así “en” Dios como religiones de fe, en contraposición a las religiones místicas unificadas de la India y también a las religiones sapienciales de China.

Según la Biblia, Abrahán es el prototipo y modelo del que cree de esa manera. Abrahán aparece así como el común Patriarca de las tres grandes

religiones de origen semítico, a las que por esta razón se las llama religiones abrahámicas.

#### ¿CÓMO SE VE A ABRAHÁN EN EL JUDAÍSMO?

La tradición judía ha subrayado más y más la importancia de Abrahán, convirtiéndole de “siervo de Dios” en “amigo de Dios”. En el judaísmo tardío se recarga sin cesar la vida de Abrahán; hasta se venera su supuesta tumba en Hebrón, enclavada actualmente en territorio árabe-palestino-musulmán.

En el curso de la historia Abrahán será celebrado como encarnación de la virtud de la modestia, de la compasión y de la hospitalidad y propuesto como modelo supremo de todas las virtudes que sus descendientes deben imitar. Luego, en el judaísmo rabínico, Abrahán se convirtió en una figura salvífica que cubre todos los tiempos. Según el Talmud, Abrahán, que vivió antes de que tuviera lugar la revelación del Sinaí, había observado en su vida todos los preceptos de la Torá. De hecho ser “Hijos de Abrahán” es privilegio exclusivo de los israelitas. Hasta en nuestros días se menciona su nombre en su liturgia, sobre todo en el día de Año Nuevo y en la primera alabanza de las Dieciocho Bendiciones, la oración central de los judíos.

#### ¿QUÉ OPINA DE ABRAHÁN EL CRISTIANISMO?

Si dejamos a un lado a Moisés, ninguna otra figura del Antiguo Testamento es tan mencionada como él en el Nuevo. Se reconoce la importancia histórico-salvífica de Abrahán tanto como la filiación abrahámica de Israel. En la parábola del hombre rico y el pobre Lázaro se da por supuesto que la pertenencia a Abrahán no termina con la muerte. También en la carta de Santiago se llama a Abrahán “amigo de Dios”.

Con todo, Juan el Bautista considera que la descendencia biológica de Abrahán no es garantía de salvación, sino la pertenencia espiritual. En el evangelio de Mateo que menciona el banquete escatológico, muchos gentiles compartirán mesa con Abrahán, Isaac y Jacob, mientras que algunos de los israelitas, llamados a primera hora, quedarán excluidos. De igual manera se manifiesta Pablo y los Padres de la Iglesia que se ocuparon repetidamente, en tratados y homilias, de la figura de Abrahán, llegando a trazar un paralelismo entre el sacrificio de Isaac y el de Cristo en la Cruz.

#### ¿CÓMO VE EL ISLAMISMO A ABRAHÁN?

Después de Moisés, Abrahán (“Ibrahim” en árabe) es la figura bíblica más citada. También el Corán le llama “amigo de Dios” y la decimocuarta sura incluso lleva su nombre. En las primeras, Abrahán aparece luchando contra la idolatría de su padre y de sus paisanos y se presenta como portavoz



de la verdad y como gran profeta; en otras aparece Ismael, el padre de los árabes. Éste apoya a su padre para convertir la Caaba de la Meca en un lugar eximio de culto monoteísta a Dios y centro de peregrinación.

Para los musulmanes, Abrahán no fue ni judío ni cristiano, sino el primer musulmán: monoteísta creyente elegido por Dios mucho antes de que existiera la Torá y el Evangelio, libros según los musulmanes falseados por judíos y cristianos. En consecuencia, el islam puede legitimarse mediante Abrahán como la religión más antigua y auténtica, y que ha sido proclamada de forma nueva y definitiva por Mahoma, “sello” de los anteriores profetas, después que él la recibiera directamente del Dios único y verdadero.

Ya tenemos a Abrahán como punto de referencia común entre las tres religiones que, aunque no sea total, tampoco es un disenso completo; al menos existe una convergencia que permite pensar en la utilidad en un diálogo a tres bandas. Hay más, desde cualquiera de estas tres religiones puede llegar a entenderse la existencia de las otras dos, pues Dios prometió a Abrahán que sería “PADRE DE MUCHOS PUEBLOS”.

Estos pueblos, “estas religiones” no pueden pasar por alto la relación entre las tres. Ni siquiera en las épocas medievales o modernas de mayor odio a los judíos pudo olvidar totalmente la cristiandad su proveniencia del judaísmo —que al principio se consideró como una secta de éste— del que compartimos la Biblia hebrea, los salmos y muchos elementos de culto. De hecho, el cristiano que asista hoy a un culto sinagoga o participe en una gran fiesta judía se alegrará mucho por todas las cosas conocidas que encuentra allí, desde la lectura de la Escritura, y desde los Salmos hasta los himnos. En los evangelios de Lucas y de Mateo se recuerda expresamente que Cristo descendía de Abrahán y el que “glorificó a su siervo Jesús”, no fue otro que “el Dios de Abrahán, de Isaac y Jacob”.

A pesar de las peculiaridades del Corán, tampoco se pueden pasar por alto las estrechas relaciones del islam con el judaísmo. La historia nos dice que, al menos desde los tiempos del rey Salomón, existieron numerosos vínculos económicos entre la tierra de Canaán y Arabia que perduraron hasta los días del Profeta Mahoma. La misma Biblia hebrea contiene numerosas alusiones a las estrechas relaciones entre árabes y judíos. No debe extrañar, pues, que los judíos hayan sentido a lo largo de su historia cierta afinidad con la cultura árabe, de modo que el floreciente judaísmo se desarrolló en regiones árabes.

Además, la ética básica de cada una de ellas es común a las tres. Así el decálogo judeo-cristiano, narrado en el libro del Éxodo, preceptúa que:

- Yo soy el Señor, tu Dios
- No tendrás otros dioses rivales míos.

- No te harás representación alguna de Dios. No pronunciarás el nombre del Señor, tu Dios, en falso.
- Fíjate en el sábado para santificarlo.
- Honra a tu padre y a tu madre.
- No matarás.
- No cometerás adulterio.
- No robarás.
- No darás testimonio falso contra tu prójimo.
- No codiciarás los bienes de tu prójimo.
- No codiciarás la mujer de tu prójimo, ni su esclavo, ni su esclava, ni su buey, ni su asno, ni nada que sea de él.

Y el código de deberes islámico, que aparece en la sura 17, dice:

- En el nombre del Dios compasivo y benigno.
- No pongas a otro dios junto al Dios único.
- Y tu Dios ha determinado que sólo le sirvas a él.
- Serás bueno con tus padres. Da a los parientes lo suyo, también al pobre y al que está de camino.
- No matéis a vuestros hijos por temor al empobrecimiento. No matéis a nadie, pues Dios ha prohibido matar.
- No caigáis en la lascivia.
- No tocarás la fortuna del huérfano.
- Cumplid la obligación que contraéis.
- Dad la medida llena y pesad con la balanza recta.
- No cabalgues de forma licenciosa por la tierra.

Así pues, a pesar de las diferencias de las tres religiones, comparten:

-**Un origen y lenguaje semítico:** el árabe tiene una estructura y un vocabulario emparentados estrechamente con el hebreo de Israel y con el arameo de Jesús y de la primitiva comunidad cristiana.

-**La fe en el mismo Dios único** de Abrahán, su patriarca, que según las tres tradiciones, fue el gran testigo de este Dios único, vivo y verdadero.

-**Una concepción lineal de la historia** que no piensa en ciclos cósmicos, sino que camina hacia una meta. Una historia salvífica universal que inicia su andadura en la creación, perdura a lo largo de los tiempos y tiende hacia un final cuya consumación vendrá de la mano de Dios.

-**La proclamación profética** y la revelación recogida de una vez por todas en la sagrada escritura.

Todo esto podemos compendiarlo en una frase:

EL JUDAÍSMO, EL CRISTIANISMO Y EL ISLAMISMO -LAS TRES RELIGIONES ABRAHÁMICAS- CONSTITUYEN JUNTAS EL MOVIMIENTO MONOTEÍSTA MUNDIAL DE TALANTE ÉTICO Y DE CARÁCTER PROFÉTICO.

Y si todo esto es así: ¿Cómo es posible que continúen los enfrentamientos entre judíos, cristianos y musulmanes, especialmente en el Próximo Oriente? ¿Cómo es posible que el integrismo descalificador hacia los demás sea el mayor inconveniente para alcanzar la paz?

Nada nuevo se descubre diciendo que los enfrentamientos vienen de lejos. El judaísmo, lo mismo que el islamismo y el cristianismo necesitan su propia crítica, sólo así es posible conseguir credibilidad. “INFIELES” hemos sido todos en más de una ocasión, por activa y por pasiva. Algunos prejuicios medievales perduran en la cristiandad. Los despectivos calificativos: “judíos peseteros”, “marranos” “hijos de Judas” o “moros” lo confirman.

Hay que ir a un proceso de re-evangelización y de re-islamización, ahora bien, ambos procesos no pueden ser de ningún modo esquemas medievales. No se puede imponer ni un estado clerical ni un estado islámico autoritario, que no garanticen la libertad religiosa porque solo así es posible mantenerse en la sociedad, dada la situación multirreligiosa y multicultural. Hoy no es posible una enseñanza religiosa que no dé suficiente margen al diálogo y a la información sobre otras religiones. Y ninguna comunidad religiosa (judía, cristiana o musulmana) serán creíbles si no se practica la hospitalidad con las demás. Ante los en parte desastrosos resultados de la secularización occidental, se puede entender por qué muchos musulmanes que apoyan decididamente una modernización de sus países, rechazan rotundamente una secularización que para ellos el principal enemigo del islam y de la humanidad.

No obstante, hay que señalar que por nuestra parte desde hace tiempo se emprendió el camino del respeto hacia las otras dos religiones. Los documentos del concilio Vaticano II subrayan que, a pesar de las diferencias manifiestas, el cristianismo ha reflexionado claramente sobre la herencia común proveniente de Abrahán. La Iglesia católica confiesa expresamente en esos documentos que ella es inconcebible sin Abrahán y su pueblo. Así se manifiesta en el siguiente texto: “Al investigar el misterio de la Iglesia, este sagrado Concilio recuerda el vínculo con que el pueblo del Nuevo Testamento está unido espiritualmente con la raza de Abrahán. Pues la Iglesia de Cristo reconoce que los comienzos de su fe y de su elección se encuentran ya en los patriarcas, en Moisés y en los profetas, conforme al misterio salvífico de Dios”.

Acerca de los musulmanes, el Concilio hace unas manifestaciones que reproducen con mayor claridad la autoconciencia de los musulmanes: “La Iglesia mira también con aprecio a los musulmanes, que adoran al único Dios, viviente y subsistente, misericordioso y omnipotente, Creador del cielo y de la tierra, que habló a los hombres, a cuyos ocultos designios procuran someterse con toda el alma, como se sometió a Dios Abrahán, a quien la fe islámica mira con complacencia.”

Hay más. Conviene recordar aquí al gran Papa Juan XXIII, al que se debe que en la preces litúrgicas del Viernes Santo, se cambiara la oración referida a los “pérfidos judíos” (“Oremus pro perfidis Judaeis”) por otra más amistosa. Por primera vez en la historia, este papa recibió en 1960 a un grupo de más de cien judíos americanos a los que, para sorpresa de éstos, saludó con las palabras que el José bíblico pronunció en Egipto: “Sono io Giuseppe, il fratello vostro” (Soy José, vuestro hermano), utilizando no su nombre pontificio, sino su nombre de pila. En otra ocasión, de forma completamente espontánea, sin la habitual convocatoria de los medios de comunicación, este papa mandó parar su auto frente a la sinagoga romana, para bendecir a los numerosos judíos que, casualmente, salían de ella. No sorprenderá, pues, que el gran rabino de Roma con numerosos fieles judíos pasara en la Plaza de San Pedro la noche del 2 al 3 de junio de 1963, víspera del fallecimiento de Juan XXIII, montando guardia y orando con los católicos.

Las religiones y sus representantes, por tanto, deben tomar posición contra las ideologías y los ideólogos del odio y la enemistad. Donde quiera que la fuerza se imponga sobre la libertad, el derecho y la razón, las religiones han de elevar su voz de protesta. No habrá paz, mientras no se ponga en práctica la *ecumene abrahámica*.

Para ello desde la Biblia hebrea y el Nuevo testamento, judíos y cristianos deberían aunar sus esfuerzos a favor de la dignidad de los pueblos árabes e islámicos, que no quieren ser las últimas colonias del mundo.

Desde el Corán y el Nuevo Testamento, musulmanes y cristianos deberían comprometerse conjuntamente a favor del derecho a la vida del pueblo judío que en los últimos dos mil años ha sufrido más que cualquier otro pueblo y ha estado cerca del exterminio.

Desde la Biblia hebrea y el Corán, judíos y musulmanes deberían de cooperar a favor de la libertad de las comunidades cristianas, amenazadas en algunos países del Próximo y Medio Oriente.

¿Cómo se iniciaría y dónde un diálogo a tres bandas? Rezando en Jerusalén, no en Roma.

¿Acaso no sería igual de otra forma u en otro sitio? Posiblemente, no. Veámoslo.

Yerusalayim, la ciudad de Israel.  
Hierosolyma, la ciudad de los cristianos.  
Al Quds, la ciudad de los musulmanes.

Jerusalén, sobre las colinas de Judea, a sólo 35 km del Jordán es una gran ciudad moderna y al mismo tiempo, una de las ciudades más antiguas de la tierra, habitada ininterrumpidamente. Una ciudad con 2.500 casas de oración, sinagogas, iglesias y mezquitas y con más de 1.000 monumentos históricos.

Los auténticos problemas de Jerusalén no hay que buscarlos ante todo en el ámbito social, sino el político-religioso. ¿A quien pertenece la ciudad? Dificil cuestión para dilucidar históricamente; incluso a través de la arquitectura resulta complicada. Allí han dejado su huella: cananeos, judíos, babilónicos, persas, helenos, macabeos, romanos, cristiano-bizantinos, islámicos, cristianos-medievales, islámicos turcos, británicos y finalmente de nuevo judíos.

Excavaciones en la pendiente del Monte del Templo han descubierto diferentes capas de asentamientos, desde las correspondientes al tiempo del rey Salomón (diez siglos antes de Cristo) pasando por restos cristianos del periodo bizantino, hasta el palacio de los califas del siglo VIII de la era cristiana; es más, se han encontrado incluso vestigios preadávidicos.

Así que el destino histórico de Jerusalén consiste en ser al mismo tiempo ciudad santa para las tres religiones abrahámicas. La ciudad es una especie de horizonte común para las tres, pues en ella tienen vínculos sagrados. Para los judíos, lo fundamental es David, el rey que hizo de esta ciudad la capital de un gran reino. Para los cristianos es Jesús, el Nazareno, cuya muerte y resurrección se conmemora aquí. Para los musulmanes, Mahoma, cuya elevación a los cielos, se cree que fue aquí. Por tanto, las tres religiones deberían aceptar sin discusión alguna que la Ciudad Santa, debe seguir siendo “santa” y dejar de considerarla como “su” ciudad. Pero Jerusalén, que, según la etimología judía, debería ser la “Ciudad de la Paz”, se ha convertido en una ciudad de conflicto.

Ya tenemos la ciudad sólo nos queda elegir el lugar.

¿En qué sinagoga, iglesia o mezquita tendría lugar la oración en común?

Tenemos un antecedente que conviene recordar. Nos puede ayudar la actitud de un musulmán, Anwar el-Sadat, al que Israel debe su paz con Egipto. Anwar el-Sadat, que sorprendió incluso a los cristianos, tuvo el valor de emprender un viaje a Jerusalén con el propósito de lograr la paz (lo pagaría más tarde con su muerte). Pero sabía lo que decía cuando hacía esta proposición: las tres religiones abrahámicas necesitan un símbolo religioso,

un santuario común, como gran signo de que las tres veneran al mismo Dios de Abrahán, capaz de superar cualquier división y enemistad. Su gran idea sería: la paz, fundada en una común fe y simbolizada en un lugar santo común. Según Sadat, este lugar santo debería erigirse en el Sinaí.

¿Existe hoy realmente la más mínima posibilidad de que la idea de tal santuario sea realizable? Nos tememos que no. Pero existe otra posibilidad, también temeraria. El judío, cristiano o musulmán que se acerca a Jerusalén se encuentra ante la indiscutible realidad de que allí existe ya un santuario dedicado al Dios de Abrahán. Se trata del peculiar santuario en la Plaza del Templo de Jerusalén, el “Domo de la Roca” (en árabe Kubbet es Sachra), llamado mezquita de Omar, incorrectamente por cierto, pues ni siquiera es una mezquita ni lo construyó Omar.

El Domo de la Roca es una obra arquitectónica maestra, al parecer construida sobre el primitivo lugar del Santísimo en el año 72 de la Hégira (el 691-692 de nuestra era). Hay que notar, no obstante, que en el Domo de la Roca, con su dorada cúpula observable desde lejos, no se celebra ninguna clase de culto. En el centro del Domo se encuentra la enorme roca viva del Monte Moria, donde según la tradición, Dios ordenó a Abrahán sacrificar a su hijo Isaac.

Según la tradición musulmana, aquí debió de tener lugar la creación del primer hombre, y aquí va a celebrarse el juicio final. Para los musulmanes es un lugar de recogimiento, porque como es sabido el islamismo no tiene templos ni sacrificios y tampoco sacerdotes o sacramentos.

¿Podría el Domo de la Roca ser también un lugar de oración para los cristianos? Durante siglos los cristianos han rehuido el lugar del Templo, pero en tiempo de las Cruzadas convirtieron el Domo de la Roca en iglesia cristiana, confiándolo a la Orden de los Templarios y en la actualidad es frecuente la visita de grupos cristianos a este Domo (yo lo he visitado) sin que ningún musulmán les impida elevar silenciosas plegarias al Dios de Abrahán. Y tampoco deberían constituir ningún obstáculo en este sentido las inscripciones coránicas de su interior, que insisten en no abandonar la fe en la unidad de Dios.

¿Y los judíos? Muchos judíos ortodoxos no se atreven a entrar en el Monte del Templo, por miedo a pisar el lugar del “Sancta Sanctorum”, de localización incierta, reservado únicamente al Sumo sacerdote en la fiesta de la Reconciliación.

¿No han adorado durante siglos al Dios de Abrahán, Jacob e Isaac en este lugar?

¿Acaso han de sentirse impedidos los judíos de orar aquí sólo porque la arquitectura no es la suya?

¿No han tenido también las sinagogas diversas arquitecturas y distintos fundadores?

En consecuencia: ¿Podrían musulmanes, cristianos y judíos orar juntos aquí? ¿Pueden, en definitiva, orar juntos? La cuestión de una oración común de judíos, cristianos y musulmanes encierra en principio un aspecto doctrinal: no parecen existir graves inconvenientes para que cristianos y judíos se unieran en la recitación común de salmos o de otras oraciones tomadas de la Biblia hebrea o de la tradición judía. Por otra parte no deberían existir dificultades insuperables para que, en un acto religioso cristiano, un judío pudiera participar en el rezo, por ejemplo, del Padre nuestro, pues se trata de una oración que en sus elementos esenciales se remonta a la Biblia hebrea.

De igual modo, no debería haber ninguna dificultad teológica para que cristianos y judíos pudieran recitar con los musulmanes algunas de las hermosas plegarias del Corán, que expresan la fuerte convicción en el Dios de Abrahán, aunque esta oración no suponga un reconocimiento omnímodo del profeta Mahoma.

Lo que fue posible en Asís entre representantes de las más diversas religiones, debería ser posible también Jerusalén entre grupos espiritualmente tan cercanos como judíos, cristianos y musulmanes. Y no me refiero a una oración simultánea, como en Asís, sino también a una oración compartida. Para este fin bien puede servir la siguiente, del teólogo Hans Küng:

Dios eterno, escondido, inescrutable y misericordioso,  
fuera de ti no hay otro Dios.  
Eres grande y digno de toda alabanza.  
Tu poder y tu gracia todo lo abarcan.

Tú, Dios de fidelidad, Dios verdadero y justo,  
hiciste a Abrahán, tu fiel servidor,  
padre de muchos pueblos  
y hablaste por los profetas.  
Santificado sea tu nombre y bendecido en todo el mundo,  
que se haga tu voluntad por doquier entre los hombres.

Dios vivo y clemente, escucha nuestra oración:  
grande es nuestra culpa.  
Perdona a los hijos de Abrahán nuestras guerras,  
nuestras mutuas enemistades y maldades.  
Líbranos de todo mal y danos la paz.

Tú, que conduces la historia,  
bendice a nuestros dirigentes y jefes de Estado,  
que no ambicionen poderes y honores,  
que busquen responsablemente el bienestar  
y la paz de los hombres.

Guía a nuestras comunidades de fe y a sus jefes  
para que sean mensajeros de paz,  
sobre todo con sus vidas.  
Y a todos nosotros, y a quienes no comparten nuestra fe,  
concédenos tu gracia y misericordia y danos todo bien,  
y guíanos tú, Dios de vivos,  
por el recto sendero que lleva a tu gloria sin fin.

¿Significa todo esto que hay que ir hacia un sincretismo o relativismo religioso, en el que da igual practicar una religión u otra?

De ningún modo. En absoluto. Cada uno tiene, debe tener, su propia religión y mientras no se produzca el abandono de ésta o su conversión a otra está obligado a seguir siendo fiel a su creencia.

Las religiones deberían reflexionar sobre su propio programa, en el que la palabra paz -en la Biblia hebrea “salom”, en el Corán, “salam” y en el Nuevo Testamento “eirene”- juega un papel tan importante:

-“Busca la paz y anda tras ella”, dicen los Salmos. Y en la visión de paz del profeta Isaías: “Forjarán de espadas azadones... no levantará espada nación contra nación, ni se ejercitarán más para la guerra”.

-“Bienaventurados los que buscan la paz, porque ellos serán llamados hijos de Dios”, leemos en el Sermón de la Montaña. Y el apóstol Pablo dice: “A nadie devolváis mal por mal”.

-Y el Corán, pese a su insistencia en resistir frente a los enemigos infieles advierte: “Y cuando ellos (los enemigos) se inclinen a la paz, inclínate también tú a ella y confía en Dios” (Sura 8). Y, “cuando ellos (los infieles) se mantienen alejados de vosotros y no luchan contra vosotros y os ofrecen la paz, entonces no os permite Dios a vosotros ir contra ellos” (Sura 4).

Por esto, no debería haber ninguna sinagoga, iglesia o mezquita que no prestara su propia contribución a favor del mutuo entendimiento religioso. En todas las sinagogas, iglesias y mezquitas se debería no sólo orar por la paz, sino también promoverla activamente y trabajar por ella, con fantasía, coraje y sobre todo con un incansable y eficiente compromiso que nos llevaría a resolver la cuestión palestina a fin de establecer un orden paz en el Próximo Oriente, porque



¿No supondría una enorme liberación y alegría para todo el judaísmo que Israel, el Estado de los Judíos, fuera universalmente reconocido, pudiera vivir en paz y seguridad, y en lugar de dedicarse a tareas de defensa, dirigiera todo su esfuerzo a la reconstrucción de toda la región?

¿No supondría una liberación y una nueva posibilidad de futuro que el mundo árabe una vez creado un Estado palestino, abandonara su emotiva e irreal retórica política y se concentrara plenamente en las reformas sociales y en poner bases económicas y políticas para democracias más consolidadas?

¿Y qué no podría suponer para toda la comunidad mundial que, en lugar de estar constantemente ocupada del Próximo Oriente, pudiera concentrar sus esfuerzos en otros focos de crisis, especialmente en los países del Sur?

Resumo y concreto.

Todo esto sería posible si se pusiera en práctica la premisa señalada por el teólogo Hans Küng:

“No habrá paz entre las naciones  
sin paz entre las religiones;  
no habrá paz entre las religiones,  
sin diálogo entre las religiones;  
no habrá diálogo entre éstas  
sin el estudio de sus fundamentos.”

En cuanto al fenómeno religioso podemos afirmar: A la luz de la Biblia hebrea, del Nuevo Testamento y del Corán, la religión aparece como un fenómeno cósmico que rige el pensamiento y la civilización del hombre, al igual que la gravedad rige la materia y condiciona su evolución. El fenómeno religioso aparece impreso, de ese modo, en el orden universal como la ley propia del espíritu que gravita en diversas órbitas, desde la unitaria de judíos, cristianos y musulmanes hasta el fetichismo más rudimentario, en torno a un mismo centro, siempre resplandeciente y perpetuamente misterioso.

BIBLIOGRAFÍA

Hans Küng, *El judaísmo*, Círculo de Lectores, S.A., 1993.

Malek Ben Nabi, *El fenómeno coránico*, Centro Cultural Islámico de Madrid y el Centro Islámico de España, 1993.